

En casa de Danton.

En la misma noche del día en que murió el rey se encontraban dos hombres á la cabecera del lecho de una mujer, la cual, si no moribunda, estaba gravemente enferma.

Uno de pié, pensativo, la tomaba el pulso contando sus latidos y permanecía tranquilo é impassible como la ciencia, de la que era representante.

El otro, con los dedos entre sus cabellos, se oprimía la cabeza con violencia mientras que abundante llanto bañaba su rostro y su boca dejaba escapar roncós gemidos, indicio más bien de cólera que de dolor.

Aquellos dos hombres eran Jacobo Merey y Danton.

La moribunda era la esposa de Danton.

Cuando Jorge volvió á su casa aquel día la encontró en tal estado que creyó preciso llamar inmediatamente á Jacobo Merey, y mientras llegaba aquel hombre impetuoso quiso estrechar contra su corazón á la querida enferma, pero esta le habia rechazado suavemente.

Aquel movimiento débil de una moribunda era el que habia desgarrado el corazón del hombre que se creía lo tenía de bronce.

En aquel movimiento se encerraba la separación eterna de dos almas.

Danton habia ofrecido á su mujer, en un momento de debilidad, que no votaría la muerte del rey.

Y no solamente la habia votado sin apelación, sin próroga, sino que la habia provocado con violencia.

El rey fué ejecutado á las diez y media de la mañana.

Al salir de la Convencion, al entrar en su casa encontró á su esposa peor, la quiso abrazar y ella le rechazó.

Ni aun se atrevia á interrogar si en los ojos del médico se leía la muerte ó la vida.

Si vivia, moria para él. Aquella mujer, á quien amaba con la impetuosidad propia de su carácter; aquella esposa, que siempre habia participado de sus caricias, cuando ella misma no las solicitaba, le habia rechazado.

La madre de sus hijos le separaba de ella.

En el corazón de aquella esposa se habia extinguido algo antes que la vida: su amor hácia él.

—Amigo mio, le dijo Jacobo; ¿quieres dejarme un momento solo con tu esposa?

Danton se levantó tambaleándose, entró en una pieza inmediata y cerró la puerta, y á pesar de esta precaucion se oyó un sollozo terminado en una imprecación.

La enferma se estremeció, pero permaneció callada.

Jacobo Merey se sentó muy cerca, y conservando su mano entre las suyas, la preguntó:

—¿Habeis tenido hoy alguna emocion violenta?

—¿No ha sido hoy á las diez cuando han ejecutado al rey?

—Sí, señora.

—Al oír publicar *la muerte* me acometió un vómito de sangre.

—¿Y es posible, señora, repuso Jacobo Merey, que una cosa extraña para vos, cuál es la muerte del rey, os haya producido ese efecto, á vos, á la esposa de Danton?

—Precisamente porque soy la mujer de Danton no podia serme indiferente la muerte del rey. ¿No estoy casada con el hombre que ha votado su muerte sin apelación, sin próroga, sin recurso?

—Con él han votado trescientos ochenta y seis representantes, replicó Jacobo.

—¡Vos no la habeis votado! exclamó con acento profundamente doloroso.

—No ha sido porque el rey no lo mereciera, señora, sino porque,

como médico, y no teniendo grandes creencias con respecto á la otra vida, es obligacion mia combatir en donde la encuentre á la muerte.

Ambos guardaron silencio por un instante.

—¿Cuánto tiempo creéis que podré vivir aun? preguntó de repente la enferma.

Jacobo la contempló y se estremeció.

—Todavía no hemos llegado á ese caso, dijo.

—Escuchadme, prosiguió la señora de Danton estrechando débilmente sus manos; he recibido tres golpes que me han herido profundamente, y de los que uno solo seria suficiente para causar la muerte.

El 10 de Agosto, el 2 de Setiembre, el 21 de Enero. Cuando entré en el sombrío palacio del ministerio de Justicia me pareció entraba en la tumba, y sonriendo tristemente, le dije á Jorge:—No saldré viva. Poco me equivoqué, pues he salido moribunda.

—¿Y por qué os causaba miedo aquel palacio?

La enferma se encogió de hombros imperceptiblemente.

—Los hombres han nacido para la revolucion: Dios, al crearlos fuertes, les ha dicho: «Luchad y combatid;» pero las mujeres han nacido para el hogar y el amor; al crearlas débiles, dijo Dios: «Sed esposas, sed madres.» Hija de un pobre cafetero del Puente Nuevo, cifraba toda mi ambicion en poseer, como mi padre, una casita en Fontenay ó en Vincennes. Me casé con Danton, pobre y oscuro; tenia fé en el talento del abogado, pero no en la tempestuosa fortuna del hombre político; la encina ha crecido rápidamente y ha hecho sucumbir á la pobre hiedra.

Al concluir estas palabras se abrió la puerta, y Danton, loco por el dolor, fué á caer de rodillas delante del lecho de su mujer y cubrió sus manos de besos.

—No, gritó, no, no morirás; ¿no es cierto que todavía se la podrá salvar? ¿Qué seria de mí si tú faltaras? ¿Qué seria de nuestros pobres hijos?

—En nombre de los pobres niños del Temple, te habia pedido que no votaras la muerte del infeliz rey.

—¡Oh! exclamó Danton; las mujeres jamás comprenden nada. ¿Soy dueño de mí mismo? Lo mismo que el patron de un barco lo es de su falucho en una tempestad; una ola me levanta, otra me sumerge.

La mujer que me amara realmente no deberia juzgarme, sino contentarse con compadecerme y curar mis frecuentes heridas. Los hombres que, como yo, dedican su existencia al público; los tribunos que alimentan á los pueblos con su palabra, con el aliento de su pecho, con la sangre de su corazon, necesitan el hogar domestico.

En ese hogar, un sér que le renueve el corazon con sus caricias, le infunda benéfico aliento y le purifique la sangre. Si encuentra luchas, discordias y lágrimas, está perdido. No, continuó, no; no tienes derecho para estar enferma; no tienes derecho para morir. Enferma entre dos niños que duermen en sus cunas, moribunda y deseando morir; esto es lo más doloroso, y cada vez que vuelvo á mi casa destrozado y con más heridas que Régulo; cada vez que dejo en la puerta la armadura del hombre político y la máscara de acero, encuentro aquí otra llaga más terrible y sangrienta. La mujer que amo, no más que á la Francia, puesto que la sacrifico por mi patria, pero sí más que á mi vida; esa mujer me dice que dentro de quince dias, de ocho tal vez, me destrozará, desgarrará mi corazon. ¿Es posible, Jacobo, que exista otro sér más desgraciado que yo?

Y se incorporó levantando los puños al cielo, terrible y amenazador como Ajax.

—Amigo mio, Jorge mio, dijo Mad. Danton, eres injusto; no quiero nada, ni puedo nada. Siento que me resbalo por una pendiente, la de la muerte, y nada más. Cada dia soy menos mujer y me convierto más en sombra. Me consumo, huyo, desaparezco cada vez que procuras estrecharme contra tu corazon. ¡Oh! Dios mio, tambien yo quisiera vivir; ¡hé sido tan feliz en otro tiempo! añadió en voz baja.

—Lo más triste es, replicó Danton, que veo que es verdad lo que dice, y que no podré estar á su lado hasta lo último; que no

tendré el consuelo de recibir su adios postrero; que debo abandonar este lecho de muerte.

—¿Por qué? ¿Por qué? exclamó la infeliz esposa, quien no había previsto aquel supremo dolor y que soñaba con morir en los brazos del hombre á quien adoraba.

—Porque lo contradictorio de mi situación va á revelarse, porque el rey ha muerto y me será imposible poner á Danton de acuerdo con Danton: porque la Francia, porque el mundo han fijado los ojos en mí con motivo de esa causa fatal. Mi esposa me acusa de haber votado la muerte del rey, y yo he sido quien ha indicado el único medio de salvar á Luis XVI.

Yo he dicho para acercarme á la Gironda, que no ha tenido la inteligencia de tenderme la mano para formar una mayoría con el Ayuntamiento y los franciscanos; he dicho, repito: *¿La pena impuesta debe de ser aplazada para despues de la guerra?* Si la Gironda hubiera dicho que *sí*, la proposición se hubiera votado.

Era una tabla de salvación sobre un abismo. La Gironda debía haber tomado la iniciativa dando el ejemplo al centro, quien la hubiera seguido. La Montaña permaneció muda de asombro. Robespierre me miró, y sus ojos brillaron de júbilo. «¡Se pierde, decía, se pierde! Avanza hacia la Gironda, es decir, al abismo.» Vergniaud creyó que era una astucia, como si Danton acostumbrara á usarla.

En lugar de salir la Gironda á mi encuentro, fué hacia la Montaña: no quería sino abolir la dignidad real y su mayoría votó la muerte del rey.

La derecha dividida era nula, y era fácil prever que el centro, débil y vacilante, se inclinaria á la izquierda. Veamos; ¿podia yo hacer más? El 15 de Diciembre, día en que se votó la culpabilidad, permanecí aquí á su lado. Dije que su salud me alarmaba y arriesgué mi cabeza; mi acusación empezará con estas palabras: «¿En dónde estabas el 15 de Diciembre?» Cuando asistí el 16 ya no había Ayuntamiento, no había Gironda; solo la Montaña existía poderosa y terrible.

Pero la Montaña no es libre, es el génio jacobino, la presión jacobina, la policía, la Inquisición, la tiranía. Volviéndose jacobina

la revolución, perderá todo lo que encierra de grande, generoso y humanitario. Ví que la derecha estaba perdida y con ella la Convención. Me ví, yo, Danton, con mi energía y mi ánimo, sojuzgado á la medianía jacobina. Tenia que adquirir nueva fuerza ó dejarme devorar por Robespierre. Por eso vuelvo á ser terrible y fuerte, determinado á ser de nuevo la cabeza de la revolución. ¿No era yo el más enérgico de ellos? Los del municipio son franciscanos que se darán por muy contentos con unirse á mí.

Me era preciso volver á ser, y he vuelto á ser el Danton del 92 y seré ahora el Danton del 93.

Escucha, esposa mia, muy amada; continuó Danton. Comprendo el sacrificio, comprendo la abnegación cuando, al arrojarse como Cárcio en el abismo, se cree salvar á la patria; pero hoy no solo se trata de salvar á la Francia, sino al mundo entero. Sucumbir ¿qué importa sucumbir? un hombre es una enemistad ménos, un nadie, un cero; pero la Francia, la Francia es hoy el apóstol, el depositario de los derechos y las libertades del género humano. Conduce á través de las tempestades el arca santa, las leyes inmortales y la luz, esperada largo tiempo hace, encendida por el génio despues de muchos siglos.

Es preciso impedir que el arca se hunda, que se apague la luz antes que ilumine á la Francia, antes que esparza por el mundo sus rayos.

Tal vez llegue un día en que se debilite ó desaparezca como desaparecen los volcanes; pero entonces, si no se sabe en dónde encontrarla, se encontrará en los sepulcros. La llama de una antorcha no es ménos radiante por haberla encendido en la lámpara de una tumba.

La esposa de Danton dió un suspiro y tendió la mano á su marido, diciendo:

—Tienes razón: haz lo que gustes, pero continúa siendo Danton.